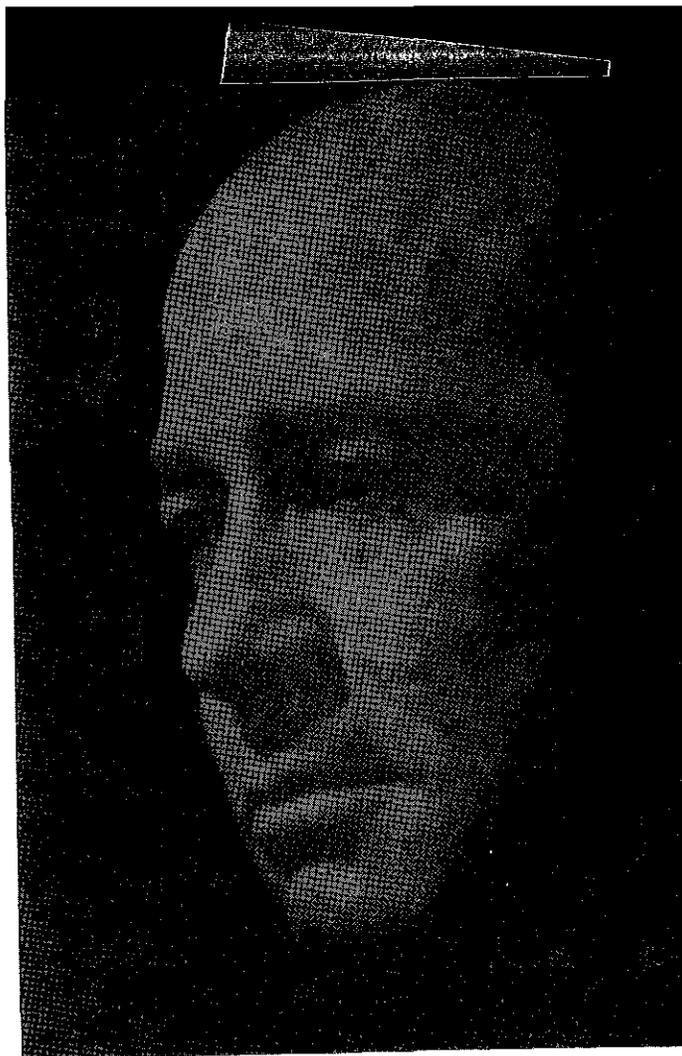


*Cuentos  
de  
Cristóbal  
Humberto  
Ibarra*



*Cristóbal Humberto Ibarra*  
(1918- )

CATALOGADO



## La Canción del Mopán

**T**rabajo costó separar los cadáveres. Aún fuera del agua seguían apretados en estrecho abrazo. Las crenchas rubias desordenadas y sueltas del blanco cubrían la cabeza al negro, bajando por los ojos entumecidos, hasta más abajo de la nariz aplastada y de los labios gruesos.

Uno solo eran los cuerpos por la muerte. Acaso en el instante de morir los dos hombres revivieron sus horas amargas, su odio sencillamente salvaje y simple, por demás humano, tal vez se apretaron forcejeando hasta hacerse daño, tragando y tragando aquellas aguas cobrizas, la vida de aquel río que abrirla su piel untuosa y triste para aminorar sus cuerpos y desatar sus almas, dejándolas errantes bajo el clima incierto de los nocturnales selváticos.

Cuatro brazos fueron rotos para separarlos. En quieto semicírculo los contrabandistas miraban sin comprender, como dudando. El negro podía ser un asesino, raptor de estatuas blancas, violador resentido, heredero legítimo de su raza. . . ¡Por fin negro! y el otro, cualquier extranjero adinerado que se aventuró en la selva en busca de nuevas emociones, a caza de aventuras. . . No más que el robo pudo ser el móvil.

Mas lo que los *trapujeros* no advirtieron fue la sonrisa triunfal que iluminaba el gesto de los muertos ¡No es así como mueren los que sufren! Por el contrario Parecía que al besar por última vez las ondas, un filitio de miel les hubiese goteado en la esperanza y grupos de navíos invitado a viajar por la ciudad del tiempo, hacia lo eterno.

—Si no tienen ni un len los condenados . .

—No más Dios que se sabe cómo jué.

—¡Qué el diablo se haga cargo . . !

—¡A mejor si el Señor los perdona!

En la distancia comenzaron a sonar tambores y un coro sólido resucitó la pena del monte. Selva adentro cantaban los negros. El llanto moreno tenía por esta vez la seriedad del duelo. Cantaban los negros y el *Mopán* cantaba. ¿Quién puede adivinar si el negro canta? Cantaba el río, la montaña cantaba, pero entre aquella espuma asordinada se escuchaba el son marchito, la imagen del cantor de *El Cayo* que se había despedido para siempre.

Apuró el vaso de whisky y lo estrelló en el suelo. Se reventó el vidrio en mil astillas y el musculoso *mister* Morgan las quiso perseguir con la mirada. Así estaba su suerte: ¡destrozada! Con el rostro congestionado de licor y rabia se llenaban los ojos de distancia. Recordaba aquella mañana de hacía veinte años, cuando dejó Londres la gris para venir a América. Ni un pañuelo se agitó en su despedida. Allá quedaba Albión y aquí lo recibía un nuevo continente con su bagaje de sudores y de fiebres, pero también de oro acuñado en monedas relucientes

El negocio de la madera paga bien. El colorado inglés se veía nuevamente con el hacha humillando troncos, probando la pujanza de su brazo contra aquellos titanes de la montaña, que rugían con estuendo cuando pasaban aplastando la selva menor en su caída. Después trozas de monstruoso calibre surcando los torrentes, grúas, sierras y más grúas. Todo un panorama laborioso que culminaba con el viaje de los tablones medidos a la madre patria

Así empezó él, dejando cifras de años, mojando con su propia sangre la hojarasca, cambiando dirección al viento con el resoplar de sus pulmones de europeo terco, caminando amancebado con la muerte, pero dotando la ilusión de una vejez tranquila, descansada y segura.

La selva mata pronto al que no tiene compañía. El viejo inglés recordaba que por muchos años la buscó sin conseguirla. Sentía el pecho seco, desolado, como muerto. Desesperaba. Porque no es cosa simple tornar lleno de monte, herido de silencio y de fatiga, para encontrar la

soledad del lecho. Soñar de noche, ilusionarse en lo fugaz de un espejismo y volver a lo real de la existencia más plegado a la sombra y al vacío. Aquello era como dejar la vista persiguiendo la paloma azul del infinito, o correr tras los lebieles de un suspiro.

Hasta que un día, la cruda vibración de su primera cocinera *mulata* se le entregó sobre un alfombrón de líquenes y musgo humedecido . . . De ella vino Stella, su hija Stella Morgan.

Stella gritó a la vida anastando la muerte de su madre. Un *caoba* gigante pasó a arrullar el sueño de la criolla que le alivió las penas y la niña a manos de unas monjas que la vieron crecer nostálgica, melancólica y callada. Era como si la boca verde del monte, llegase cada noche a musitarle cosas raras al oído, a trastornarle el juicio, a *colgarla* de una vez por su canción. Las pobres beatas observaban afligidas cómo aquel ángel moreno de ojos tibios se nutría de viento, agitaba sus carnes y entornaba los párpados cada vez que miraba al horizonte bravío, fiero y salvaje. . .

Vaso nuevo. Un trago más. El británico molía su cerebro. Seguía rememorando. . .

Stella volvió a su lado con la risa dormida y el corazón abierto a la montaña. Nunca pudo saber cuáles eran sus horas predilectas para internarse en la profundidad del monte. Desaparecía de repente y él se quedaba plantado en la cabaña, con su gajo de presentimientos, su cúmulo de ideas absurdas y la ansiedad de verla regresar con los ojos gozosos y una fresca sonrisa quebrada hacia los rumbos.

El imaginó, entonces, que era la sangre mulata de la madre la que se había vuelto vegetal para inyectar de espuma el corazón de su hija, metiéndole *soplidos* de *güijes* en el pecho donde una orquídea doble relataba y el milagro de su pubertad candente. Y era así como Stella se esfumaba buscando la estrella negra que brillaba en el alma de los *madereros*, visitaba a diario los *aseñaderos* y bajo la oscuridad montuna adivinaba los ponientes de naranja y grana, tarareando la canción de Marty, el negro cantor de El Cayo, que le ató una mariposa verde en la ilusión . . . El negro era también parte del monte y había exprimido quién sabe qué *yerbas* en la sencilla juventud de su hija, que ahora se desmayaba en la quietud del río, abandonada al silencio, cuando la *negreidad* llovía y la luna desvelaba su cobre en el Mopán. . .

El viejo Morgan rugió pensando en Inglaterra:

—¡Me llevaré a Stella!

El nuevo vaso aposoló el vital.

—¡Negro cabión!

—Señora, el Mopán es como el filtro de mi raza. Allá está la luna de ébano acariciando niños en la superficie, pero en el fondo gime el zombie de los negros que mueren por los blancos. . . Señora, el Mopán canta y llora por los negros

Pasaban barcos en los ojos de ella. Stella Morgan los seguía huyendo hacia una noche más plácida, menos sentimental, acaso más festiva y eufórica. Sin embargo, había tanta ternura en la voz de su acompañante, que estaba segura de morir si dejaba de escucharla. Se le antojaba que la magia clorofílica le había hundido telarañas y la música tomado posesión de sus sentidos para retenerla. De niña oyó a las monjas narrar cosas parecidas. Se hablaba de tierras oscuras donde el ritmo ataranta, el calor pulveriza las visiones y la altura se deshila en cambiantes que invitan a morir. Pero aquí era distinto. La melodía se enhebraba lenta y despaciosamente con un deje acompasado en el andar de la corriente, como un *timbal* de pena que oprimía el corazón, culpando a la conciencia de moverse en su envoltura blanca.

—Señora, el Mopán siente y ama con los negros

*Negra como el son la sangre mía  
pidió al gong su oración para el Mopán  
Negro son, la montería  
¿dónde está, Mopán, Mopán?*

Un suitidor comenzaba a desflecar la noche. El cobre en tanto iba tiñendo las aguas que apenas murmuraban en la penumbra. Continuaba el lloro y en la lejanía dialogaban los tambores, torturados por manos que rumiaban su cansancio junto a las fogatas. Los madereros recogían el mensaje de aquella gigante que les regalaba el horizonte de su patria abuela. Las notas los situaban nuevamente en el mapa de su sangre, devolviéndolos al continente de sus pasadas ansias, a su libertad, a su extensión abierta, antes que sobre ellos cayera la mirada de los hombres claros, cubriendo su presente de cadenas. El eco bajaba luego desandando la estatua de los árboles, renovándose vestido de canción

*Blanca como el sol del mediodía,  
rubia como luna del Mopán . .  
Sol y luna, mi alegría,  
¿dónde están, Mopán, Mopán?*

La queja de verdad mataba el tiempo. No era más que entrecerrar

los ojos para que un espejismo rebasara su nivel de sueños. Danzaban las ramazones, ondulaban las parásitas y los extendidos brazos tropicales empujaban su recorrido de ternura sobre la tierra humedecida, húmeda y silenciosa, hasta en las más apartadas soledades de hojarasca y musgo.

¡La tierra! Aquí también se comprendía su milagro. El hombre afeitado a su vejez limosa, apretado a su costia, lagtimeando sobre su cáscara para merecer la suerte del prodigio profundo que conocen el gusano y la lombriz de tierra, la raíz misma de los árboles que suavizan su hastío cuando entonan los claros de sus copas, para dejarlas meditando frente al perfil agónico de los astros tardíos.

Otra vez la tierra selvática, taciturna y hoscamente dulce, que enseña al hombre a no apartarse de ella, a vivir por ella y a saber morir por ella. La clave del milagro estaba ahí. Era la morena carne terrestre la que poblaba de *cocuyos* la sien quemada de los madereros, barnizando de extraños vuelos su pigmento, para hacerlos sollozar cantando en las bóvedas hondas de los *caobares*.

Así habían pasado las semanas y los meses y los años, Stella Morgan era asesina de su propio tiempo, porque no la estorbaba, ni la fastidiaba, ni cansaba. Se sentía tan parte de esa tierra, tan asentada sobre su lobreguez montuna. Ella, como Marty, también pertenecía al monte.

Inclinados sobre el barandal del puente, los dos cuerpos miraban bailotear sus sombras entre las rocas arremansadas de secretos, en lo mejor de la hora cuando la luna llena bajaba a *restregar* su cobre en los rápidos cantarines del Mopán.

Toda la noche aletearon los tambores. Esta vez su llanto iba de veras. Stella Morgan se marchaba a Inglaterra. Los geranios silvestres no sabían más de su beso temprano, ni las garzas fluviales de aquella somisa que empapaba en *asombros* la mansedumbre de las *pozas*. El bosque entero era una queja interminable y más allá de los aserraderos, sembrando de abandono su *bangué*, un negro cantor tenía la garganta rota y el corazón estrecho, a punto de morir.

En su *hamaca de pitas* Stella liberaba palomas mensajeras, suspiros que atravesaban las monterías palúdicas, apretaban su humedad de lágrimas corriendo en busca de la voz que ahora parecía *aletargada*, *sonámbula* y *dormida*. ¿Llegarían a tiempo sus reclamos? Nadie lo sabía. Pero ella presentía que sin el ritmo de los *atabales* su viscera quejosa iba a cambiar de vida, a darle otro destino, a hacerla otra Stella.

que ya no sería Stella Morgan, la perenne enamorada de las brías y hermana entrañable de los caobates.

El *bongó* es instrumento que construye vuelos, pero que también subordina con su embujo. A veces suena a golpe de carne lacerada, a tormento —para expresarlo en la mejor palabra—, cuando las manos sombreadas de los *bongonceros* los obligan a hablar de cosas que saben a martirio.

La *tuntunera* y la balada *negroide* se habían insinuado muy lejanas, como sobar de plumas perdidas en lo abismoso de la *jungla* anochecida, para luego tomar cuerpo y formar círculos mareantes en la mente aliebrada de la sensible Stella Morgan, que destrozada a dudas ponía su paisaje entre la rusticidad de su emoción temprana y el aburrimiento envejecido que suponía señoreando en la Inglaterra caduca, declinante y rebajada, que le había dibujado su padre en las múltiples veladas de ocio y de leyenda.

El trinar de los tam-tam estaba ya cercano, azurrumbando, dominando de una vez a la muchacha que abandonó su lecho, buscó trémula el camino de la puerta y luego los escalones que lo ponían en el camino mismo de los aserraderos . .

De repente, dos pulmones descifraron su escape en letanías:

—¡Aé, aé, aé se van aéeeee!

¡Aé, aé, aé Mopán aéeeee!

Y el coro tras la hoguera del bangué.

—¡Aé, aé, aé Mopán aéeeee!

¿Era aquello amor, o *embó* simple con que hiere el monte? Tal vez sí, acaso no. Mas el huacán de retumbos era para Stella Morgan un mandato que devoraba sus instintos incendiándola en deseos. Su cuerpo todo era un gajo de temblores. La voluntad cedía y espinales de entrega le secretaban bajo la blusa, donde algo nuevo le platicaba de una canción distinta. .

—¡Aé, aé, aé se van aéeeee!

—¡Aé, aé, aé Mopán a . . !

Callaron de pronto los compases. La hembra se detuvo en mitad del patio apenas diseñado a puntadas estelares. ¿Era que se desteñían los bongóes? ¿Huían los bongonceros y con ellos su lamento? La selva entera se entregó al mutismo . . Fueron los gritos de Stella los que despertaron su flor oscura en el bosque:

—¡No, no! ¡Martyyyyy! ¡Martyyyyy!

Y con los brazos en alto se entregó a la noche. La sombra olía siempre a sombra . . .

El odio que se engendia bajo lo verde es más que odio. No se sabe a punto fijo qué es, pero es más que eso. Los monteros lo saben por las leyes que ellos mismos se han creado. Así, cuando dos hombres se aborrecen, se buscan no más para encadenar el suelo con el bullir violento de sus sangres, dejando sus coágulos piertos mimetizando el tinte de los retoños monteses y del insecto que reptaba entre la grama.

Stella Morgan fue encontrada al amanecer, tras una cortina de *matapalo*, picada en la frente por una *nahuyaca*. Pero el veneno del reptil también tentó la zaña, hirió la rabia de los hombres, escarificó la piel de dos razas que son batientes de odio y han escrito en el curso de los siglos una trágica historia de venganzas.

Desde aquel momento, el rubicundo inglés y el negro beliceño se buscaron para cambiar o decidir sus suerte en un recio encontrón, con un hambre de muerte y un ímpetu asesino, cuyos resultados presintieron temblando los broncos ahijados de la montería.

Mediando la vereda de los *barracones*, se encontraron. Fue corta la lucha. Ambos querían *acabarse lo más cerca posible* y, al enfrentarse, velozmente se lanzaron el uno contra el otro, olvidados de sus armas, jadeantes de ira, enloquecidos de coraje, trabándose en un terrible cuerpo a cuerpo que los llevó rodando al fondo del remanso . . . Las aguas, sin quererlo, hicieron lo demás . . . Una serie de burbujas sanguinolentas anunciaron el final y el pico erizante del buho se encargó de predicar los resultados. Fibra por fibra, hoja por hoja y liana por liana, el bosque lo supo bien pronto. . . Bajo el rubio de una lluvia sorda algo germinó en la lejanía y un nuevo bongoncero se inició en gemidos.

La vida de la selva es como cualquier otra vida de la tierra. Por la noche, la faz cobriza de una luna plena bajó a buscar nuevas canciones en la linfa rielante del Mopán . . .

#### VOCABULARIO

*Mopán*: Río que sirve de límite entre Guatemala y Belice (Honduras Británica) tierra —esta última— perteneciente a los guatemaltecos pero usurpada actualmente por los ingleses; *trapujero*: contrabandista; *El Cayo*: población del territorio de Belice; *caoba*: nombre de un árbol de madera fina; *soplidos*: soplos imperceptibles pero impregnados de brujería; *güijes*: hujos de la selva afro antillana; *madereros*: los que trabajan en la explotación de la madera; *negreidad*: concerniente a la raza negra; *éban*: árbol de madera muy fuerte, lisa, color negro; *zombic*: espectro de la selva afro-antillana; *timbal*: tambor criollo; *gong*: disco de cobre muy sonoro; *cocuyos*: variedad de luciérnagas; *caobares*: bosques de caobas; *bongó*: tambor usado por los negros en el culto religioso; *bongoncero*: los que tocan el bongó; *tuntunera*: conjunto de sonidos que producen los tambores y los bongoes, su ritmo puede producir accesos de locura momentánea; *matapalo*: árbol gigantesco del cual se extrae una especie de caucho; *nahuyaca*: serpiente venenosísima de la selva guatemalteca; *embó*: embrujo, magia negra en la zona del Caribe; *bangué*: campamento de trabajadores en la selva; *barracones*: habitaciones toscas de madera



## El Cuajarón

No podían dominarlo. Forcejeaba el hombre, clavando la ventana celeste con dos ojos que parecían huir de todo, perdidos en el horizonte muy lejos del monte agreste y la costa dadivosa de los balsamares, hasta más allá de donde el indio infortunado sueña siempre. . . Casimiro Sum disparataba enardecido con las greñas en rebelión, la boca efervescente y dos manos tenazudas apretando un fragmento de lava aún humeante, que él mismo parecía haber enfriado con su sangre.

Porque lo cierto es que los dedos mordían el pedrusco, formando una sola masa negra y sanguazosa, conformando un todo llagado que olía a carbón salitroso y sulfuriento y a carne chamuscada.

El lechero que lo recogió a la orilla del pueblo, dijo haber visto bajando por la cuesta volcaneña un tropel de aullidos en desbandada, una especie de griterío diabólico o viento desatado del infierno . . . Solamente después, al acercarse más el testigo pudo reconocer a Casimiro Sum, quien al caer agotado a sus pies sollozaba como un niño, atropellando a media lengua un nombre femenino, entre palabras sueltas como *dioses*, *volcán*, *secreto*, mientras aferraba sus manos a un corazón negro y maloliente . . .

Al conducirlo al hospital se comentaba:

—¿Qué no es el mismo Casimiro, el que andaba rondando a la Agapita Ascat?

¡A pues no pué!

—Pero es que ella dicen que tiraba por el lado del patrón Andrés.

—Pues pudo ser por eso. ¡Veya!

EL INDIO CASIMIRO SUM ESTUDIABA, si estudiar se llama a ese enfrentarse a la mirada de las cosas y luchar con ellas hasta poseerlas. Frente a él se erguía la cumbre hosca del Izalco. Afuera era la masa gris, conocida de cualquiera gente por su color diurno entristecido —empenachado a veces—, pero de noche vuelta hacia el misterio, bañada en resbalante reventazones de amapola y flor de pascua. Puesto que es adentro donde habitan los dioses de la raza, aquéllos a quienes no ha vencido nada extraño y allí perduran destrozando el tiempo con su llamante eternidad de cólera y tormenta.

Hacía ya varias semanas que Casimiro Sum venía vigilando. Cada siete días —según referían los abuelos de la tribu—, surge de entre la humareda borbollante un brazo gigante, que deja resbalar con la erupción un cuajarón de rubí que hace feliz para siempre a quien lo atrapa... De pequeño oyó hablar de cosas parecidas... Del *basilisco* y la *escama peluda* de la *culebra de agua*, así como del *diente de oro* del *cadejo* y la *piedra milagrosa* de la *zumbadora*. ¡Mas esto era distinto! Aquellos amuletos apenas aseguraban la dicha terrena, pero la posesión del cuajarón volcánico afianzaba vida plena en los dos mundos, en éste respiramos y en el del otro lado... ¡Porque lograrlo era como recibir la fruta de la mano inmensa de los dioses! Y hasta hoy, que él supiera —se decía Casimiro—, nadie se había atrevido a intentarlo. Era tan brava la cosa, ya que los dioses también manejaban el embrujo que castiga y condena por toda una eternidad... Cavilaba... ¡Ninguno lo intentó hasta ahora...! ¿Y él? ¡Pues para eso estaba allí, si no! Suspiraba recordando, recordando...

¿Cuánto tiempo hacía que venía queriendo a la Agapita Ascat? Era la nieta del Tencho Ascat, el de Juayúa. Pero ella no lo quería bastante, mejor dicho quizá no lo quería... Muy al contrario, en el estanco, en la plaza y hasta en la pila pública las lenguas viboreaban, corriendo el cuento de que el patrón Andrés *tenía que ver* con la Agapita... Y era talvez por eso que él sentía que las muchachas le saludaban con lástima, siempre que a la caída de la tarde llegaba a afilar su machete al *ojo de agua*...

El la enfrentó una vez... Salían de misa de siete, cuando la campana quejumbrosa parece adelantarse a los entierros, pues los hombres salen de la iglesia y van derecho a matarse a la cantina

—Apalabrate con yo, Agapita... ¡Bien sabés que no soy malo!

—Entendolo... , ya te dije que no... ¡Y no sigás!

—¿Es que hay otro... ?

¿Qué... ? ¿También a vos te llegó el cuento?

¡Pero es que dicen por ahí... !

—¿Y qué hay con eso? ¡Mi gusto y mi gana pero ni mi nana! Además, sabelo de una vez: ¡Yo sólo me voy a casa con el que tenga el cuajarón, que es el que le da plata a uno... ! El que no se atreva... ni me va ni me viene!

El la miró alejarse por la arena senderosa y le contó los pasos de su desesperanza y su ilusión frustrada, hasta que se perdieron tras una lluvia de ramas verdes que orillaban un tapial lejano...

¡El cuajarón! Al principio la palabra le cayó como una bomba para ¿Sabía ella en verdad lo que era eso? Era como animarse irreverente a la casa de los dioses... ¡Y no lo haría! Porque tampoco lo hizo jamás el Tencho Ascat, último brujo de la tribu, seguramente, era el mismo que la había aconsejado... Aquello resultaba más que un imposible Intentaría convencerla nuevamente...

Pero un domingo después se confirmaba la respuesta.

—¡Tirás el cuajarón y yo me voy con vos! ¡Es plata la que quiero y no calzones!

¡Y allí estaba él para buscarlo!

LA NOCHE DE LA COSTA BALSAMERA es más que bella. Se puebla de incendios menores con cada catastrata sangrante que vomita el gigante embriavecido. Los pescadores imaginan entonces, que son las estrellas de su suerte paisana las que bajan a quemar sus redes bendecidas... y cantan. ¡El Izalco! Ruge una vez más y es cuando los añosos consejeros aldeanos enseñan, que así como el volcán una canción de rabia debe acompañar de vez en cuando al hombre

Acaso fuera éste el verdadero mensaje, la auténtica razón de ser y la existencia de la raza Casimiro Sum podía no saberlo, mas sentía que algo de aquella fuerza extraña le tentaba y alentaba en su aventura Sus últimos siete días de vigilia y vigilancia lo afumaban Se hallaba quizá más extenuado, pero el pedido de su amor era una tonta a su fiereza. Se lo había jurado a sí mismo Tenía que albergar aquel ca-

pucho con la esperanza que barre las flaquezas, anuda indecisiones y aplasta cobardías.

—¡Pena la cosa! Pero la Agapita será de otro si me rajo. Se saldría con el otro. . . ¡No hay vuelta de hoja!

Se lo advirtieron antes: no debía llevar machete, ni cualquier otro objeto de metal o de relumbrío, ni tampoco beber *guaro*, ni siquiera fumar un triste puño. Todo esto se lo confirmó más tarde el curandero Aminto Ama. . . Porque los dioses del Izalco castigan a cuantos quieren superar su brillo inmenso, por lo mismo que aborrecen al cobarde. . . ¡No es la prueba del alcohol la que hace grande al hombre! Por eso él, Casimiro Sum, ascendería solo, íngtimo, con la entereza de su entraña amante batiendo desde adentro, aguzándole la mirada, animando sus piernas si temblaban, vaciando su alma entera en el sudor calloso de sus manos, que como cepos afiebrados se aprestaban a aferrar el cuajarón. . .

Casi tres horas llevaba gateando, cuesta arriba. Había comenzado el ascenso justo a la media noche, a la hora en que los vivos y los muertos penan juntos, pero hasta cuando sobrepasó los últimos *izotales* amigos, supo que se quedaba solo, huérfano de ayuda, avanzando desamparado hacia el peligro. . . No podía permitirse ni un mínimo descanso y la pendiente era empinada, casi vertical y dura. Ahora no sabía si era sangre o sudor lo que se le pegaba con dolor al cuerpo. A cada paso, pies y manos tropezaban con estrellas de ceniza caliente que le hacían daño, que se le metían hasta los tuétanos, achicharrándole pero sin dominarlo. El comprendía que estaba participando en la mejor jugada de su vida y se miraba por dentro como un altivo guerrero de su raza, jurando de pie sobre su amor: “¡Volver con la cabeza del contrario o suicidarse humillado en la montaña!”.

El primer lucero sorprendió a Casimiro Sum acuchillado tras un dolmen de lava vaporosa, que le protegía pero que también le tostaba los resuellos. El calor le secaba los ojos y casi le impedía ver. Se preguntaba él, entonces, si no sería así que mueren los enamorados cuando se arrojan a los brazos de un incendio y se despiden de todo, con la mirada llena de agua para adentro. . . ¿No sería él también un enamorado muerto que penaba y no se había dado cuenta? ¡Era muy triste responderse a aquella hora! Casimiro Sum suspiró como un viejo agonizante. . . En estos precisos momentos, los hombres del poblado bostezarían con el estirón matinal y quejumbroso de los gallos. . . ¡Y la Agapita! De verdad que era muy chulo el rancharío, con sus techos de palma soñolienta, sus callejas serenas, recostadas y *push-*

*quitas* y plagadas de baldíos, donde una enorme luna sonsonateca viene de mes en mes a revolcarse bajo el oio de los requiebros rivales y a dormirse fatigada sobre los campos de escobilla y los *verdolagares*. ¡Y la Agapita! Y los domingos de feria y de campanas . ¡Y la Agapita! Y con muchas bombas, cohetes y *toritos*. . Y la Agapita! Y pitos y tambores . ¡Y la Agapita! Y una que otra vez música de banda... ¡Y la Agapita! Y candelas... ¡Y la Agapita! Y flores... ¡Y la Agapita! Para las procesiones ¡Y la Agapita...! ¡Y la Agapita! ¡Y la Agapita atizando leña al *nixtamal*, recibéndolo al regreso del trabajo, poniéndole lienzos cuando tuviera dolor de muelas o de cabeza, o cuando él, ladinamente, fingiera que lo tenía . .! Y desvistiendo, a veces, cuando él volviera borracho de la cantina . ¡Qué chulo . !

De repente un erupción inmenso entremeció la tierra y pobló de estruendos sucesivos el espacio. El aviso de lo porvenir era la inminencia y el porvenir mismo. ¡La decisión se imponía, no quedaba un segundo para meditar! Casimiro Sum se despojó del machete con vaina repujada, del cinturón con broches y del níquel de su hebilla, del anillo de bronce que limpiaba con arena y agua tibia los domingos y hasta de su sombrero de palma acibillado de ojete relucientes que daban salida y entrada al barbiquejo . . Después, sólo quedaban los dioses del Izalco frente a él. .

¡Y estaba decidido a no rajarse!

AQUI ESTA YA el padre de la tierra americana, escupiendo maldiciones como los atlacátlidas, sus abuelos, lo hicieron hace siglos oponiendo su pecho al español. Se sacude entero y cubre los valles de un rodar estrepitoso, con un manotazo implacable que tuerce la cintura de los cocoteros y hace huir hasta los grandes peces del Pacífico.

Primero es el retumbo, la protesta y luego la bocanada humeante que enjaya el misterio de los cielos. Es la conversación de Dios con mensajes de ida y vuelta, la que nuestro hombre sorprende día a día como ejemplo de creación eterna, copiado en el vivir creador de nuestro pueblo. . Es el instante saboreado como suspiro inmenso, sublime revelación de una edad, de millones de edades que se aniquilarían y surgirían más vivas todavía, en menos tiempo del que acaba la vida de un niño que no nace . .

Casimiro Sum agonizaba bajo aquel palio de amenazas. Solo, en medio de la tempestad de rocas encendidas que se despeñaban cono abajo, se sintió de pronto parte íntima de aquella potencia sobrehuma-

na y tuvo la certeza de que él también podía reír como los dioses y blasfemar —de ser posible—, contra ellos...

¡Y blasfemó!

Su grito se estrelló contra el borbollón iracundo, estirándose paralelo a una recia protesta de ceniza hirviente.

—¡A ver, hijos de puercaaa! ¡Yo soy el Casimiro Sum y vengo por el cuajaróon . . ! ¡Echenselooo!

Repentinamente un nuevo estuendo, el más pavoroso de todos los estuendos sacudió la noche del indio y los espacios atemorizados. Mil luciérnagas gigantes se desparanaron como centellas galopantes y de entre su red atropellada, Casimiro Sum miró surgir un enorme brazo de humo y depositar lentamente un pequeño huevo de sangre, que estallaba en agujas rutilantes y descendía brincando, semejando una rosa encantada hacia sus manos. . . ¡Jamás vio cosa igual! Era como si mil boquitas de coral se vinieran apretando en aquel nudo luminoso, fabricando millones de estrellitas respingantes que perforaban la sombra con sus balas de color. El quería adivinarlas ¿No era aquél un azul sobre amarillo y éste un violeta tras un verde? ¿Y aquélla, no era una franja añil bajo temblor de lila y la otra una pajita naranja con ribetes de musgo y de jazmín. . . ? ¡No estaba allí para decirlo! Sin embargo, era maravillosa la *cosita* rodante que se le venía acercando, acercando. . . ¡y él plantado como un bocabierta a punto de dejarla ir! Sintió que sus reflejos le quemaban ya la cara. Quiso apartarse a impulsos de su instinto . . . ¡Pero no! Su cuerpo entero se lanzó al atrape y sus manos hicieron lo esencial . . . Después, supo que un trago de fuego le bajaba en las entiañas, que una espada candente le traspasaba el corazón. Mas no soltó . . . ¡Por el contrario, apretó más y mordiéndolo un salivón de grito y ascua, se volvió hacia la cuesta y empujó su locura hacia la aldea!

CASIMIRO SUM MIRABA con angustia, con desesperación colérica —dijase—, a la Agapita Ascat, quien adornaba de miradas blandas su cama de hospital. El no se quejó, sino más bien maldijo.

—¡No lo pude traer . . ! Me atreví, no te miento. . . ¡Pero sólo conseguí esta puercada! —dijo mirando con rencor un trozo de lava repugnante que, a su pedido, la enfermera había depositado sobre su mesa de noche, envuelto en una gasa prieta de toña y porquería de moscas.

—Baboso. . . ¡Si el cuajarón sos vos! ¿Me entendés? —respondió ella, retándole con dos ojos que no de ser indios se habían desata-

do en llanto. Andá, componete luego, porque te di palabra cuando agonizabas. . . ¡El Santo Cristo me es testigo!

—¡Pero mirá que ya no sirvo ! —dijo él, mostrándole los muñones vendados en la amputación. Ya no podí con el arado, ni cargar las carretas, ni sacar agua del pozo, ni tapizar, ni. . . !

—¿Ni qué? Con que tengás fuerzas pa' abrazarme sobra. . . Se hace *todito lo que hacen los hombres*. Tengo bastante pa' los dos. . . ¡Y pa' lo que venga!

Casimiro Sum la sorprendió bajando la mirada maliciosa, mientras hilvanaba su primer camisoncito con *nahuilla* recién salida de su mismo telar. El cerró entonces los ojos y se hundió en la noche de su satisfacción.

A lo lejos tronaba el Izalco también más satisfecho que nunca. ¡Siempre el brazo gigante de sus dioses tendría cuajarones a millares, para los hombres corajudos de su estípe. . . !

#### VOCABULARIO

*Basilisco*: animal de la mitología indígena; *cadejo*: idem; *ojo de agua*: manantial, nacimiento de agua; *tenía que ver*: expresión que se usa para dar entender que se tienen relaciones sexuales con una persona; *zumbadwa*: culchra tropical que ataca sirviéndose de la cola como un látigo; *apalabrarse*: comprometerse para matrimonio; *guaro*: aguardiente de caña; *izotales*: siembras del izote, planta de flores blancas; *pushquitas*: mugrientitas; *sonsmatecu*: del Departamento de Sonsonate, El Salvador; *verdolagares*: siembra de *verdolagas* planta comestible; *nixtamal*: cocido de maíz; *atlacáidas*: descendientes de Atlacalt, último jefe de las tribus pipiles —según dice la tradición; *cosita*: cualquier objeto pequeño que llama la atención; *nahuilla*: tela indígena; *Izalco*: volcán salvadoreño que por sus constantes erupciones es conocido como "El Faro del Pacífico"; *cuajarón*: porción de líquido que se ha solidificado.



## La Solterona

### PRECISAMENTE, SEÑOR COMISARIO..

Sólo advertí su desaparición, cuando no llegó con los demás al comedor, a la hora de costumbre... ¿Sus datos —dice—, señor...? Pues usted verá... Tiene ojos azules, muy azules y un poquito fiños, como de muñeco... La nariz es respingadita, las orejitas en concha y mejillas que hasta huelen a manzana rosa... Tiene también dos manecitas de lechón, que siempre mueve un poquito torpes, si se quiere... y... —¡a ver!—, dos gambitas corvas que van maravillosamente con sus quince meses... ¡Estoy desesperada, desesperadísima, señor Comisario, pero hago lo posible... como usted lo ve! ¿Su pelo...? ¡Ah, su pelito es mi orgullo, por el origen irlandés de sus abuelos! ¡Pero qué descuido, señor, si debí comenzar por el principio...! Hoy viste un trajecito de tricot, modelo *bunda* a rayas, que yo misma le tejí para su santo... ¡Se miraba tan lindo cuando partió el pastel...! ¡Ay, pero si se me olvidaba, que al sonreír, señor Comisario, se le marcan dos oyuelitos en la barba...! ¡Los mismos que han logrado aliviar mi soledad...! ¡Por lo que más quiera! ¡Por su madre, Comisario, trate de encontrarlo... y pronto! Porque a estas horas, se le habrá terminado la cuerda...

¡Y tendría mucha hambre el pobrecito!



# Un Pequeño Error

## SON LAS 11.59 DE LA NOCHE

Llevo ya 23 horas y 59 minutos de estar boca arriba, desnudo, sobre mi lecho. Pero he tomado suficiente café amargo y mantengo todas las luces encendidas, a fin de conservarme despierto, concentrado, totalmente lúcido, en goce ultrapleno de mis facultades.

Todo mi afán es satisfacer mi orgullo, mi amor propio o como quiera llamarsele. Deseo demostrar a los sabios McTaggart, Minkowski, Einstein y Reichenbach, que a este humilde plotiniano que soy yo, Rollo Bianchi, sobra razón en nuestra discusión de hace dos noches, en el club "Los Intocables"

Yo les sostuve, entonces, que el tiempo es la imagen móvil de la eternidad, pero que guarda su completa inmovilidad en el ser. Que también puedo palpar esta inmovilidad, desarrollando mi propia gravedad contra todas las leyes espacio-temporales que rigen el movimiento universal

El rector Bühler lo dice bien claro en sus lecciones: "El *ente* debe quedar *solo, vacío en absoluto* de existencias *ajenas* a él mismo . . ."

Es el paso inicial, la experiencia preparatoria, que debe comenzar por lo más nimio... Y luego avanza, avanza hacia el *Ojo de la Eternidad*.

11 HORAS, 59 MINUTOS, CON 30 SEGUNDOS.

Voy a poner entre paréntesis el mundo. Esa pintura del abuelo que tengo enfrente —por ejemplo—, es una resistencia extraña a mí. Me molesta. Debo suprimirla.

—¡Cuadro, te reduzco...! ¡Quedas entreparentizado!

—¡Ya está! El óleo se ha esfumado. Pero quedan el clavo, el agujero y la huella rectangular del polvo... Los pongo entre paréntesis y desaparecen, a su vez. . Ahora me ha quedado una pared limpia, de un limpio transparente que va virando por sí solo hacia la reducción...

—Toca su turno al placard...

—¡Zaz! El paréntesis lo ha devorado íntegro

—¿Y la silla?

—¡Ya está!

—¿Y los libros?

—¡Puff! ¡Se fueron!

—¿Y el teléfono?

—¡Vaya sí no!

—¿Y la mesa de noche?

—¡También!

—¿Y la cama, con frazadas, almohadas... y colchones... y con todo...?

—¡Lo mismo!

ME HE QUEDADO SOLO Floto en medio de una claridad inefable que no proviene de las lámparas, porque también a estas he engullido hace un suspiro...

11 HORAS, 59 MINUTOS Y 45 SEGUNDOS.

Viene, de inmediato, la fase dos de mi experiencia. Es la más difícil y a ella solamente pueden aribar los elegidos —según el rector Bühler. “Se trata —dice él—, de separar el ser del propio ente, de reducir la existencia —en este caso *mi existencia*—, poniéndola también entre paréntesis...” Reconozco que es una operación harto riesgosa, porque puedo quedarme hasta la eternidad sin ente... Mas los profesores McTaggart, Minkowski, Einstein y Reichenbach deben saber que yo tenía la razón, aquella noche, allá en “Los Intocables...”

¡11 HORAS, 59 MINUTOS, 59 SEGUNDOS!

—¡Ya no quiero mi existencia! ¡Quiero únicamente mi ser!  
Me lo exijo jugándome el todo por el todo.

Esta vez la acción del paréntesis es sumamente lenta... Bajo una sensación de hielo y millares de aros metálicos sonando, me estoy desenvolviendo. . . Mi cuerpo empieza a abandonarme tristemente y lento, lento, lento, se me aleja flotante, como un banco de niebla abrigado de infinito. . . Lo que queda de *mí*, mi conciencia pura, fenomenológica, comienza a agitar su haz de flechas intencionales que —ya sin ningún blanco posible— empiezan también a desprenderse, dejando huérfano, pavorosamente solo a mi núcleo ontológico, ahora pesadamente muerto y, a la vez, macabramente vivo. . .!

SON EXACTAMENTE LAS 24 HORAS, de este 1º de noviembre de 1964. Fecha inolvidable, jalón único en la historia de la ciencia. . . ¡He poseído el *Ojo de la Eternidad*! ¡La Noche Oscura del *Ser* ha sido mía! Desarrollando mi propia gravedad, me he impuesto el tiempo y de aquí no me movería nadie, por los siglos de los siglos. . .

—¡Qué grandioso es usted, mi querido rector Bühler! ¿No es cierto que la razón estaba de mi parte, *aquella noche*, allá en “Los Intocables”? ¿Reconocen ahora que soy yo, Rollo Bianchi, el primer hombre que llegó puntual a la cita con *su ser*. . .? ¡Qué grande es usted, mi querido rector Bühler! ¿Qué me dicen hoy, mis respetables profesores? ¿Qué dice usted, McTaggart? Y ustedes, Minkowski, Einstein y Reichenbach. . . ¿qué dicen ahora? ¡Ja, ja, ja, ja, jaaa. . .! ¡Qué grande es usted, mi querido rector Bühler! ¡Qué grande. . . es usted. . . mi querido. . . rector Bühler. . .!

LOS PROFESORES McTaggart, Minkowski, Einstein y Reichenbach continúan sin creerme. . . Y todo por un pequeño error, cometido la noche de *mi experiencia*. . . El grabador y la filmadora tetradimensional que tenía funcionando a mi lado, a fin de ir registrando paso a paso el curso de la misma. . .

¡Fue lo primero que puse entre paréntesis!



Esta revista se terminó de imprimir el día cinco de junio de mil novecientos sesenta y siete en los talleres de la Editorial Universitaria "José B. Cisneros", San Salvador, El Salvador, C. A.